



La masacre olvidada Andrea Camilleri



DESTINO

La masacre olvidada

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1636

Título original: *La strage dimenticata*

© Sellerio Editore, Palermo, 1984

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-233-6473-2

Depósito legal: B. 363-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La masacre olvidada

Había, entre los libros de mi abuelo, una tragedia en verso (escrita en cinco actos, como es natural) que yo, de niño, más que leer, casi devoré con avidez: se titulaba *La trágica historia de Isión* y el autor era —como declaraba la portada— el caballero Artidoro Scibetta, notario, me parece recordar, en Aragona. La historia no se alejaba ni un paso del esquema que desde Shakespeare ha hecho impregnar de tinta miles de folios y de lágrimas millones de pañuelos: el frustrado, y por eso al fin inevitablemente trágico, amor entre dos jóvenes. En este caso específico, ella se llamaba justamente Isión, huérfana e hija de esclavos, mientras que él, rico y atractivo, tenía el mismo nombre que el autor, Artidoro (no estuve en condiciones, a aquella edad, de iniciar una indagación sobre el elemento autobiográfico de la tragedia, pero la sugerencia estaba, y clarísima). En un cierto punto, el poderoso padre de Artidoro ordena a dos sicarios, Ante-

mio y Aristogitone, que maten al tío de Isión, un hombre de avanzada edad, que para la niña ha sido casi como un padre. El joven Antemio se acaba de estrenar en el arte de matar, pero quiere aprender el oficio y se esfuerza con gusto, tanto es así que el experto y anciano Aristogitone, que en eso de matar ha hecho callo, lo lleva consigo en la empresa como se hace para adiestrar a un aprendiz de tienda. No obstante, el tío de Isión, cuando ve delante a esos dos y comprende el viento que sopla, se niega testaruda y obtusamente a aceptar que va a morir: empieza a gritar, tira al aire esca-beles y triclinios, pega patadas, desgarras cortinas. En resumen, Aristogitone debe poner en práctica toda su consumada experiencia para acorrallar al viejo en un rincón, sujetarlo con firmeza con la ayuda de Antemio y al fin cortarle el cuello. Cumplido el contrato, Antemio se siente muerto por el cansancio, le pesan las piernas y se ve obligado a echarse al suelo, secarse el sudor y exclamar:

*¡No sabía, puerco Judas,
que para matar se suda!*

En cambio, yo sé muy bien por qué he llevado dentro estos dos versos durante casi cincuenta años, y una de las razones es sin duda el recuerdo del sobresalto que sentí, en la primera lectura, al

saber cómo, por virtud del caballero Artidoro Scibetta, los atenienses de Pericles (porque ese era el tiempo en que se situaba la acción dramática) conocieron, con cinco siglos de anticipación, el nombre y las fechorías del traidor por antonomasia, mientras que otro motivo es la confirmación poco a poco tenida (creciendo, digo, y viniendo a saber, con los años, a través de relatos e imágenes, de muertes violentas, masacres y asesinatos compleja y fantasiosamente perpetrados) de la verdad experimentada por Antemio, es decir, que matar no es ni sencillo ni relajante.

Y recuerdo con particular viveza una de estas razones, que pertenece, sin embargo, como se suele decir, a la esfera del arte: la que me proporcionaron Joseph Chaikin y Claude van Itallie con el Open Theater, en Roma, a finales de los años sesenta. El espectáculo, que se llamaba *The Serpent*, se inspiraba en el Génesis y era la historia de las desgracias ocurridas al hombre por haber confiado en la Serpiente: no solo era inevitable, sino también indispensable, por tanto, que se llegara al momento en que Caín mataba a Abel. De hecho, en el espectáculo de Chaikin, Caín demostraba que tenía todas las mejores intenciones de matar a Abel, pero en la práctica no sabía por dónde comenzar: trataba de romperle un brazo y Abel permanecía de pie con la articulación descoyuntada, que le col-

gaba graciosamente (porque hay que tener presente que, si Caín no sabía cómo matar, Abel tampoco sabía cómo morir); luego le rompía una pierna y el otro caía, sí, pero empezaba a arrastrarse; después aún le rompía el otro brazo y la otra pierna, pero Abel seguía siempre vivo, acaso con un ojo menos y con todos los dientes escupidos. En resumen, la invención *ex novo* del homicidio era para Caín un asunto largo y fatigoso, que requería tanto fuerza como cerebro: cuando, sudado y jadeando, terminó, se tendió en el suelo —como Antemio— más muerto que Abel finalmente muerto.

Claro, los descubrimientos científicos han simplificado mucho las cosas, y disparar a distancia a alguien es mucho más cómodo —también desde el punto de vista del tiempo que hay que invertir— que golpearlo con una espada o, peor aún, que matarlo con las manos más o menos desnudas.

Pero las cosas vuelven a complicarse cuando se trata de organizar el asesinato de miles de personas, aunque siempre está lista para echar una mano, en estos casos, la tecnología llamada «avanzada». Los expertos del sector, en sus declaraciones y testimonios, nos han contado que hay que calcular, ante todo, cuánto tiempo se necesita (obligar a un hombre esposado a arrodillarse, inclinarle adecuadamente la nuca y descerrajarle el debido disparo de pistola lleva unos preciosos tres minu-

tos; si interviene un cura u otro confortador, el tiempo se triplica), así como establecer luego el número preciso de los ejecutores en relación con el número de personas por ajusticiar (o asesinar, según se quiera ver la cosa), prever la cantidad de vehículos de transporte de los cuerpos que se precisarán después de la ejecución o qué sistema se usará para eliminar los cadáveres (de la gasolina para quemarlos a la excavadora para enterrarlos), y tener en cuenta, al fin, otros numerosos detalles secundarios de los que felizmente no soy parte.

Justo por eso, el responsable supremo de la «solución final», el *Obersturmbannführer* Adolf Eichmann, no pudo ocultar, cuando lo juzgaron, una nota de orgullo en la voz: había trabajado a lo grande, a escala de millones, sin cometer o hacer cometer un solo error desde el punto de vista logístico-organizativo, ni menos aún desde el punto de vista humano. Pero admitió que para planificar científicamente el exterminio de seis millones de personas había tenido que «sudar» de veras.

Dentro de sus posibilidades, en cambio, el mayor Sarzana «sudó» muy poco para encontrar la forma de matar, en la noche entre el 25 y el 26 de enero de 1848, a ciento catorce personas de una sola vez y con medios, cómo decirlo, artesanales.

En diciembre del año 1847, Gaetano Attard, «electo adjunto» con funciones de oficial del Registro Civil trasladado del ayuntamiento de Girgenti a la Borgata Molo, recibe del presidente del Tribunal Provincial, Giovanni Mendola, el registro de las actas de defunción para 1848 (en el mismo paquete le envían, acaso, el de las actas de nacimiento; pero aquí, por desgracia, no debemos contar historias de nacimientos). Ahora bien, dado que en diciembre de 1847 el memorable año 1848 está, no solo para los habitantes de la Borgata, aún del todo por vivir y padecer, uno puede hacerse el concepto equivocado de que tanto Gaetano Attard —que ha hecho solicitud de visado para cincuenta folios, válidos para inscribir cien muertos, uno por cara— como Giovanni Mendola —que ha timbrado y sellado cuidadosamente esas cien caras— estaban dotados de preocupantes capacidades adivinatorias; las mismas por las cuales, según Guilhem Fi-

gueira, Federico II de Suabia estaba en condiciones de «saber antes lo que ocurre después». La adivinación (pero entendida como «hacer conjeturas») es un ejercicio al cual, en Italia, se inclinan tanto el magistrado como el funcionario más o menos estatal, aunque en nuestro caso es necesario decir que los dos no hicieron más que mantenerse con sabiduría dentro de la costumbre y de la experiencia. Por lo demás, frente a acontecimientos extraordinarios (pero tampoco tanto) como catástrofes, cataclismos o epidemias, se había pensado en una encuadernación del registro fácilmente despegable para poder incluir folios añadidos.

A simple vista, con la irritante suficiencia de la posteridad que, al contrario de Federico II, tiene el privilegio de conocer solo después lo que ha ocurrido antes, se podría afirmar que Gaetano Attard se equivocó por mucho, ya que los muertos de la Borgata Molo fueron, en 1848, de forma exacta doscientos diecinueve. Sin embargo, bien mirado, el error ya no parece tan grande, y, muy bien mirado, no hay ningún error. Al contrario. Los paisanos muertos, como estaba previsto por Attard, fueron cien, ni uno más ni uno menos (pero produce sudor frío otra constatación: que, de esos cien, treinta y cinco eran bebés que no superaron el primer año de vida y treinta y uno chiquillos que no pudieron pasar de los diez años). A estos

cien —de los que, por tanto, solo treinta y cuatro eran adultos— se añaden cinco muertos forasteros: tres por viruela maligna, en las naves fondeadas o de pasada; dos, encontrados en el perímetro de la Borgata y nunca identificados, por heridas de arma blanca.

Para llegar al total de doscientos diecinueve faltan aún ciento catorce: justamente, aquellos de los que se encargó el mayor Sarzana.